

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Ya es mío, dije para mí. (Pág. 186, col 3).

SUMARIO.

VIAJES: UNA CAZA INDIA EN EL FAR-WEST, por H. Revoil.
EL PAGE FLOR-DE-MAYO, por M. Ponsou du Terrail.
MARTIN DE LA VIRGEN, por M. Taxilo Delord.
LA CIENCIA PARA TODOS.

VIAJES.

UNA CAZA INDIA EN EL FAR-WEST.

POR H. REVOIL.

Quando el viajero sale del castillo de Leavenworth en el extremo del Estado de Illinois lindante con el Missouri, y pasa hácia el norte el rio Arkansas, no tarda en llegar á aquellas inmensas sábanas, verde y florido Zahara, de las cuales no pueden darnos una idea exacta las descripciones mas completas. Las praderas, como las llaman en los Estados Unidos, no son llanuras extensas, iguales y cubiertas de trébol, mielga y esparcilla, sino campos con ondulaciones, surcados por numerosos barrancos en cuyas orillas crecen algodoneros enanos, el *bufalo-grass*, yerba que sirve de alimento á los rumiantes de estos desiertos, y otros vegetales cuyas flores azules,

encarnadas y blancas, esmaltan aquel césped inculto y le asemejan á una magnífica alfombra de Aubusson. Aquellos océanos de verdura, que llegan á veces á una altura de cuatro á cinco piés, se balancean al soplo del viento como las aguas del mar.

No hay flora tan variada y tan admirable como la de estos desiertos, donde el naturalista halla agrupados y en poco trecho lirios de todos colores y euforbios, los unos con corolas de rojo carmesí y cáliz morado, y los otros con pétalos blancos salpicados de negro y rosa. Ora se ven flores matizadas de brillantes colores; ora esbeltas cañas que terminan en penachos amarillentos; y sobre tan inmenso jardín revolotean mariposas de matizadas alas y zumban abejas que van á lo lejos á llevar su miel perfumada.

Sin embargo, por imponente que sea el aspecto de las praderas, es imposible dejar de sentir el corazón oprimido al tender las miradas por su horizonte sin límite; ni un árbol, ni una colina interrumpe esta línea continua; el mismo cielo presenta un tinte oscuro y monótono ó se cubre de nubarrones que estallan en tempestades cinco veces á la semana, barriendo por donde pasan cuanto se opone á su violencia. El viento brama en estos desiertos como el mistral en la hermosa Provenza, y una nieve fina y glacial reemplaza en el invierno á la lluvia y cubre el suelo con una mortaja sin mancha.

El bisonte, el danta y los caballos silvestres vagan con libertad por estas soledades durante las tres estaciones mas bellas del año, y allí se encuentran las tribus de los Osages, los Delawares, los Crichs, los Cherotrees y algunas otras cuyas costumbres se han suavizado con el contacto de la civilizacion, y que se reparten entre sí la caza de tan inmenso territorio. Y finalmente, tambien viven allí los Pawneos, los Comanches y otras tribus belicosas é independientes todavia, nómadás de las praderas y de la cordillera Peñascosa.

El pais que describo no pertenece de hecho á ninguna de estas tribus, pero segun un convenio tácito entre ellas, se han arrogado el usufructo del territorio y repartido la caza, aunque el respeto debido á esta particion no impide el que frecuentemente lleguen á las manos para conservar ó recuperar una parte del país. Los cazadores van á las praderas en gran número, se acampan armados y dispuestos á rechazar el ataque de los salvajes, y mas de una vez en mis excursiones por aquellas llanuras encontré cráneos y esqueletos en lo profundo de oscuros barrancos, como indicando el teatro de un combate y advirtiéndome el peligro que se corre al visitar el desierto americano.

Una mañana del mes de octubre de 1843 nos encontramos ocho personas en la altura de los montes que se elevan al oeste del Missisipi, á doscientas millas de las cataratas de

San Antonio; cinco íbamos montados en caballos, y los otros tres, oriundos del Canadá, robustos é infatigables peones, formaban la retaguardia guiando dos carros, que llevaban los utensilios y provisiones de toda clase que necesita el hombre civilizado cuando emprende un largo viaje. Tres caballos de silla iban también detrás del convoy, y atados á una cadena debajo del eje de los vehículos, seguían dos perros de raza escocesa cuya corpulencia unida á su bien formada cabeza indicaban al cazador menos experto que estos animales tenían tanta fuerza é instinto como velocidad. Teníamos además dos perros de presa que iban sueltos.

Todos estábamos armados, unos con carabina rayada, corta y pesada, de una precisión sin igual en la mano de un hijo de Kentucky y los otros con fusiles de dos cañones. Los canadenses se contentaban con simples escopetas francesas con piedra, parecidas á las que se ven aun en las antiguas quintas del mediodía de Francia. Todos llevábamos además el cuchillo de caza americana (*bowie knife*), y en vez de nuestro traje europeo, nos pusimos el de los indios que consiste en un pantalón corto de piel de ciervo curtida, en una blusa de la misma materia y en borceguíes de dos suelas.

Anchos sombreros de fieltro completaban este disfraz extraño, bajo el cual nadie hubiera conocido á los señores Daniel Simonton de Nueva York, Jorge Sears de Boston, Horacio Mead de Filadelfia, Fortunato Delmot de París y al que firma este artículo. Los del Canadá se llamaban sin mas rodeo Duquesne, Bonnet y Gemmel.

Habíamos salido de San Luis con intención de cazar entre los indios Sioux y Foxes, y confiábamos pasar dos meses bajo la tienda y no volver á los países civilizados hasta haber hecho gran acopio de trofeos y recuerdos.

El señor Daniel Simonton, jefe de la cuadrilla, y yo íbamos delante de la caravana hablando de caza y de diferentes cosas, dejándonos llevar por nuestros caballos que seguían lentamente su paso, pues habíamos soltado sobre su cuello las riendas.

—Es decir, me dijo mi interlocutor, que nunca habeis visto bisontes ni siquiera disecados? Amigo mio, os prometo que no pasarán dos días sin que tengais ese placer. Esta es la cuarta vez que tomo el camino del desierto, y reconozco en el horizonte uno de los parajes frecuentados por estos animales: veremos si me engaño. Recuerdo que dos años ha, en mi última caza, al llegar al centro del valle que veis á lo lejos y que presenta una especie de círculo irregular cuyos contornos se descubren enteramente, oí de pronto un estruendo lejano y parecido al trueno. Durante algunos momentos traté de adivinar cuál podía ser la causa de tan insólito ruido, pero antes de poder preguntar á los indios que me acompañaban, ví en medio de la mayor emoción llegar galopando por todas las aberturas que terminan en el valle un tropel de bisontes que sin exageración se componía de diez mil cabezas. Los ocho Sioux, mis guías, rompieron el fuego con la velocidad del pensamiento, y no siéndome posible permanecer espectador impassible, los seguí en medio del combate. La detonación de nuestras armas de fuego y los mugidos de los bisontes aterrados formaban una escena difícil de describir, y huyendo por todas las salidas, los fugitivos animales sólo dejaron en torno nuestro diez de los suyos, de los cuales tres estaban peligrosamente heridos y los otros siete muertos. Una hora despues se oía aun á lo lejos el rumor de los fugitivos. No vacilo en creer, segun algunos indicios particulares, que mañana daremos principio á la caza.

—Acepto el vaticinio, respondí á mi amable compañero, porque os confieso que empieza á impacientarme el no haber disparado aun una sola vez mi fusil sobre una pieza de caza mayor desde que salimos de San Luis.

Y hablando de este modo llegamos á un paraje llamado por los indios *Ehau Bosindatah*, ó «rio de la roca elevada», delante de un campamento de Piel-Rojas de la tribu de los Sioux, cuyos wigwams se alzaban á la orilla de un riachuelo en una situación muy pintoresca.

Extraño era en verdad el aspecto del campamento á los ojos de un europeo; las tiendas con su techo cónico, hechas de pieles de gamo curtidas y adornadas con dibujos extravagantes, formaban un semicírculo en medio del cual se alzaba, separada de las demás, una tienda mas vasta y mas embellecida que las que la rodeaban.

M. Simonton se presentó al jefe de los indios, le enseñó el pase cabalístico que se había proporcionado en Washington, en la oficina de la comisión india, y Ralm-o-j-or (este era el nombre del jefe), dió sus órdenes para que se nos tratase como amigos y hermanos.

Fiel á las tradiciones de sus padres y á los usos de su nación, el jefe llenó su pipa de piedra roja de odorífero tabaco, y habiendo fumado solemnemente dos veces, se la entregó á M. Simonton, dándole á entender que aquella acción era para él el mas sagrado de los juramentos, y que consistía en proteger á sus nuevos huéspedes, á quienes uno tras otro hizo el honor de darles también la pipa para fumar.

La tribu de Sioux, en la que nos hallábamos, se llamaba Wapatootas, y contaba cuatrocientos guerreros y quinientas mujeres. Su lenguaje era el *narcotah*, dialecto primitivo que la mayor parte de los sabios comparan al tártaro manchoux.

Una leyenda que me contaron el día anterior, durante mi permanencia entre los Piel-Rojas, atribuye el origen de la raza Sioux á una horda de tártaros que habían emigrado por el estrecho que separa el Asia de América.

Los hombres eran por lo general robustos y bien formados, y dignos de admiración su rostro regular y sus ojos negros como el carbon, y cada uno de ellos poseía un caballo de poca alzada, semejantes á los que vimos hace algunos años en el campo de Marte, montados por árabes que representaban las diversiones de sus desiertos.

Las mujeres, lindas y graciosas hasta los catorce años, eran feas y viejas aun antes de la edad en que en Europa consideramos á una jóven casadera, y todos, hombres y mujeres, llevaban una especie de vestido de pieles curtidas y adornadas de dibujos de color encarnado, azul y negro; blusa corta hasta debajo de la cadera, calzón con franjas cosidas en la tela, borceguíes en los piés, y tocado compuesto de mil plumas de toda clase, en medio de las cuales sobresalía el hueso del ala de un águila. Las tiendas, bajo las cuales se abrigan los indios del sol y de la humedad de la lluvia, son como su vestido de pieles curtidas, adornadas de espinas de erizo y sostenidas por palancas de madera, que aunque atadas entre sí, están sin embargo clavadas de modo que resisten el viento mas impetuoso.

Tal era el aspecto del campamento á donde nos había llevado la casualidad. Descargamos los carros y colocamos en paraje seguro los utensilios caseros, como las ollas y cazuelas, indispensables para el gastrónomo menos exigente.

Por la noche estaba ya todo arreglado, cenamos magníficamente, siendo el plato principal un asado de ciervo de exquisito sabor, y pronto quedamos sumidos en el mas profundo sueño.

Hicimos nuestros tratos aquella misma noche con Ralm-o-j-or, sirviéndonos de intérprete Duquesne, que, como hijo del Canadá y habiendo vivido muchos años con los Piel-Rojas, sabía un número suficiente de palabras del dialecto sioux para entender al jefe de la tribu. Mediante una suma de seis dollars mensuales, pagados por cada uno de nosotros, se obligaban á guiarnos, protegernos, darnos albergue y acompañarnos á nuestro regreso hasta la frontera del Missouri.

Al asomar la aurora del siguiente día toda la tribu estaba en pié, pues su jefe había decidido que fuera á acamparse á veinte y cinco millas de allí, siguiendo la orilla del Ayona. Los indios cargaron todos sus caballos con el equipaje, y hasta las mujeres, esas pobres ilotas de la vida salvaje, hacían las veces de acémilas, llevando cargas que difícilmente hubiesen levantado nuestros mozos de cordel. Por lo general, las que andaban libres, sin llevar el cuerpo inclinado bajo ningun peso,

eran las predilectas de la tribu; hermosas, á pesar del tinte rojo que cubria su tez, y de graciosas formas, á despecho de su ridículo traje, el único cuidado que las confiaban consistía en llevar por las riendas las monturas.

También nosotros nos pusimos en camino, sirviendo de batidores á la caravana que ocupaba una distancia de dos millas. Las viejas gritaban, los niños lloraban y los innumerables perros ladraban, formando el conjunto de gritos, voces, carcajadas y llantos una confusa y discordante batahola que asordaba mis oídos. Es costumbre durante estas marchas pararse cuando se han andado dos leguas, descargar los caballos y dejarlos pacer libremente durante media hora.

Despues de la segunda parada, los cazadores de la tribu, es decir, los mas jóvenes y robustos, se separaron del campamento y se dispersaron por las praderas, buscando los pasos de la caza con tanta sagacidad como el perro enseñado por el cazador mas hábil de Europa. Los Sioux no conocen nuestra caza pacífica, y en vez de seguir como nosotros la pieza por la pista, sin hacer ruido y guardando mucho silencio, se precipitan tras la caza por los matorrales mas impenetrables. De modo que cuando han levantado un ciervo ó un antilope, aun admitiendo que se salve de la escopeta del que lo vió primero, no puede ir muy lejos, porque se encuentra á los pocos pasos con otro indio que será mas diestro que su compañero.

Cuando la nieve cubre el suelo el cazador sioux observa otro método; sigue las huellas del ciervo hasta que llega cerca del recinto donde se ha refugiado; dá un rodeo para asegurarse de que el animal está allí en efecto; despues penetra en medio del matorral describiendo un círculo que va estrechando poco á poco hasta que llega á la cama del noble animal, teniendo cuidado de no mirarlo de frente; pero el ciervo se abalanza y la escopeta del indio lo deja tendido en el suelo con la rapidez del rayo.

Jorge Sears y Delmot se pusieron á mi lado y empezamos la caza; pero aun no habíamos dado la vuelta á un matorral de algodoneros, cuando nuestros perros ladraron olfateando una huella, y me puse á seguirlos por la orilla de un arroyo que corría entre la yerba, olvidándome de llamar á mis amigos y alejándome de ellos en mi entusiasmo á una distancia de tres millas. Los perros, cuyo paso apenas podía seguir mi caballo, levantaron un magnífico antilope que por mi desgracia no se hallaba á tiro de fusil. Llegué á la cima de una colina y ví desde allí un barranco profundo que principiaba á la derecha en el extremo del arroyo. Dirigí á aquel punto mi caballo, con la vaga esperanza de que el animal buscaría por él un paso para llegar á la vasta llanura, y apenas había tenido tiempo de esconder mi caballo detrás de un grupo de lentiscos, y de echarme en el suelo oculto por las sinuosidades del barranco y la yerba que lo cubría, cuando resaltaron á mis ojos en el azul del cielo los cuervos en espiral del antilope, y no tardé en ver claramente al apimal, con los dos perros que le iban á los alcances, saltando y avanzando rápidamente hácia donde yo me hallaba.

—Ya es mio, dije para mí al apuntar al antilope y al verle correr hácia mi escondite; pero cuando solo estaba á unos doscientos pasos de mí ví elevarse simultáneamente á ambos lados del animal tres nubes de humo, y la vibración del aire repercutió la detonación de tres disparos. Ninguno había tocado al noble antilope que continuaba corriendo hácia mí sin demostrar espanto.

Mi corazón palpitaba de emoción y de deseo; el ojo fijo sobre el cañon de mi fusil, apuntaba al antilope é iba á apretar el gatillo, cuando resonó otro disparo, y ví mi codiciada presa, la que consideraba ya como mia, rodar sin vida sobre la yerba ensangrentada. Un indio salió al mismo tiempo de un grupo de algodoneros, é hizo resonar los ecos con un *hoop* agudo, señal de la victoria. Confieso que era tal la rabia que me devoraba que por un instante abrigué el fatal proyecto de traspasar la frente del sioux con una bala; pero llamé á mis perros, y juré que en lo sucesivo me se-

pararía siempre de los demás cazadores para no exponerme otra vez á que á mis barbas me quitaran la presa que debía pertenecerme.

Cuando se caza acompañado en las praderas americanas existe una costumbre que no deja de ser excelente para los que tienen buen apetito. El cazador que mata una pieza mayor se reserva la piel y las menudencias, y la carne se reparte en partes iguales entre los que no fueron tan afortunados. Esta regla no tiene excepcion y es muy justa, porque es tal el egoismo que anima á los indios, que á no ser por esta costumbre niveladora el mayor número perecería de hambre. Cuando cae muerto un ciervo, un bisonte ó un antilope, el que le acertó el tiro se reclina indolentemente, enciende su pipa y espera con paciencia que sus compañeros hayan hecho su reparto y le hayan dado lo que le pertenece y que acepta siempre sin decir una palabra.

Volví al campamento muy disgustado, y lo único que me tranquilizó en cierto modo fué el ver que mis compañeros Sears y Delmot habían sido tan afortunados como yo.

Cuando llegó la noche los indios se reunieron en gran número en torno de la hoguera que habíamos encendido; cada cual contaba las aventuras de la jornada, y el pícaro que me habia jugado la burla que acabo de contar aprovechaba la ocasion de darse importancia, y aun se creyó autorizado para hacer reír á sus compatriotas á expensas mías; pero yo le miré al través de mis anteojos con tan furibundo ceño, que se contuvo y dió otro giro á sus chanzas, dándome la satisfactoria revancha de haber hecho que se ruborizase un cazador sioux por su conducta.

El día siguiente, tras una noche pacífica cuya calma interrumpieron tan solo los ladridos de los perros del campamento, que de común acuerdo nos obsequiaron con la música mas discordante que haya podido desgarrar jamás el timpano de cazador rendido de cansancio, toda la tribu se puso en camino muy temprano, en tanto que continuábamos cazando como el día anterior en las alas de la caravana.

Matamos un gran número de *prairie-hens* (gallinas de la pradera), especie de faisán que corría á bandadas por entre la yerba y que alzaba el vuelo delante de nuestros perros con tanta torpeza como una gallina de corral.

Por la tarde cuando volvimos al campamento, hallamos á nuestros aliados albergados á lo largo de un bosque de algodones y de encinas enanas, al través de los cuales se abría paso un riachuelo.

En medio de la noche se oyó el terrible grito de ¡fuego! y nos despertamos sobresaltados con los horribles alaridos de los indios, que se daban prisa á huir en la mayor confusion hacia el norte, en direccion de un alto monte cuyas faldas se alzaban en medio de un lago. En efecto, el fuego se habia prendido en las praderas á tres millas detrás de nosotros, y las llamas avanzaban con la rapidez de un caballo al galope, impelidas por el viento cuya violencia crecía por instantes. Nada hay comparable al sublime horror de aquel espectáculo. Figúrese el lector una sábana de fuego, un reguero de pólvora abalanzándose con estampido infernal, formas fantásticas y animales de toda especie huyendo despavoridos para salvarse de la muerte.

Cuando llegamos á la arena que circunda el lago y en cuya orilla no crecía ninguna planta, el incendio nos perseguía de cerca, y dimos gracias á la Providencia que nos dejó llegar á la otra parte de las aguas protectoras que libertaban á toda una tribu de la muerte mas terrible que Dios pudo jamás inventar en su cólera. ¡Ser devorado por el fuego! ¡Qué espantoso suplicio!

Poco á poco y á medida que las llamas no hallaban nada que devorar, iban extinguiéndose sus fulgores. Pudimos entonces reconocernos y ver que nadie se habia quedado rezagado.

Cuando asomó la luz del nuevo día é iluminó el paisaje que nos rodeaba, se presentó á nuestros ojos el horror de la muerte de que acabábamos de salvarnos, con toda su espantosa realidad. En cuanto podia alcanzar la vista en el camino que seguimos ocho días ha-

cia mis compañeros de caza y yo, solo se distinguía un suelo calcinado, negro como carbon, y en diversos puntos, en torno del tronco de un árbol que habia resistido mas que la yerba de la pradera, llamas que subian en espirales y montones de ceniza aun humeantes.

El fuego devastador se habia contenido á lo largo de un arroyo que iba á desaguar en el lago, y el jefe de la tribu nos dió á entender que aquello era muy favorable para nuestros proyectos, porque á la otra parte del arroyo se hallaba el pais donde iba á principiarse la caza. Sin embargo, Ralm-o-j-or fué de parecer que era prudente esperar un día mas en la falda del monte, para dar tiempo á que se apagase enteramente el fuego, y tuvimos que seguir su consejo.

Los Sioux alzaron sus tiendas en un suelo pedregoso y cubierto apenas de una yerba corta y dura, y en tanto que Duquesne, Bonnet y Gemmel arreglaban la comida, Simon-ton, Sears y yo resolvimos ir á visitar la isla escarpada donde el fuego nos habia obligado á buscar un asilo. Por la parte de la pradera el monte estaba separado de la orilla tan solo por un canal muy estrecho y poco profundo, que habíamos pasado á vado; pero dirigiéndose hacia el noroeste, el lago extendía sus aguas á una legua de distancia, y se veían sobre su superficie tersa como un espejo aves acuáticas en tanto número que oscurecían á veces el reflejo de la luz en el agua.

Siguiendo á lo largo de la orilla mis compañeros y yo llegamos por un camino escabroso al pié de un escarpado peñasco bañado por las aguas del lago. ¡Qué espectáculo tan asombroso se presentó á nuestra vista! Salían de todas las sinuosidades del peñasco inmensas bandadas de gallinas de mar y pavotas de pechos blancos y alas negras que brillaban á la luz del sol, y que abriendo sus afilados picos, lanzaban gritos que parecían gemidos.

También las garzas reales habian elegido por morada aquel peñasco de granito en cuyos intersticios brotaban ramas secas que parecían palos clavados en el suelo; una capa de arcilla y de musgo las cubria y las nobles aves estaban sobre tan resbaladizos apoyos, cerca de los nidos hechos con ramas, donde las tiernas garzas recibían del pico de sus alados padres su acostumbrado alimento. Contamos setenta y dos, apiñadas unas contra otras, saludándose mutuamente, cual si fueran mandarines chinos, con imperturbable gravedad, pues nada hay tan cómico como la solemnidad y lentitud mecánica con que hacen cada reverencia. Mis amigos y yo contemplábamos con el mayor interés este espectáculo, ocultos detrás de un peñasco. De vez en cuando algunas garzas reales corrían á ponerse sobre las ramas desde donde arrojaban en desorden á las que estaban tranquilamente encaramadas, y agudos graznidos manifestaban la indignacion pública que excitaba la conducta de los intrusos que tan bruscamente usurpaban el sitio ocupado.

En medio de aquella bandada de aves, las gaviotas hendían el aire en torno nuestro con una familiaridad verdaderamente inaudita, nos rozaban con sus alas y se paraban á pocos pasos de distancia, exhalando gemidos dulces y plañideros y mirándonos con el mayor asombro.

De pronto, parecieron dos puntos negros en el horizonte; eran dos águilas reales que volaban rápidamente hacia nosotros. El instinto de la conservacion hizo que descubriera su llegada toda aquella alada república; las madres batían sus alas, y los padres abrian sus agudos picos, arma terrible cuando alcanza al enemigo.

¡Vanos esfuerzos! las dos aves carniceras se aprovecharon de un momento favorable, y cada cual se apoderó de una tierna garza, estrujándolas en sus formidables garras, y sin hacer caso de los clamores de los viejos nestores de aquella alada tropa, se lanzaron entonces al espacio y desaparecieron de nuestra vista.

Esta escena pasó con la rapidez del rayo. Mis amigos y yo hubiéramos tenido sumo gusto en matar á uno de los dos bandidos aéreos, pero no estaban á nuestro alcance, y creimos prudente no hacerlo para no aumentar la tur-

bacion de las aves del portentoso peñasco. Y lo acertamos, porque avanzando poco á poco por la roca llegamos á una regular distancia de las garzas, y disparando á un tiempo sobre ellas nuestros seis tiros, tuvimos el gusto de ver caer y de recoger once enormes pájaros, en tanto que los que se habian salvado de la inesperada descarga emprendían su vuelo y desaparecían por el aire, abandonando, tanto era su terror, hasta los nidos que albergaban sus crias.

Únicamente las pavotas parecían burlarse del peligro, y las gallinas de mar, confundidas entre ellas, revoloteaban sobre las olas sin alejarse mucho de la orilla.

(Se continuará.)

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion).

—Magnífico golpe! exclamó Amapola acercándose á paso largo. Respecto á Flor-de-Mayo se habia puesto generosamente al lado del caballero y permanecía inclinado hacia él con la mayor ansiedad. Felizmente la herida no era mortal, pues la espada habia atravesado solo la carne. Sin embargo, vencido el caballero por el dolor, se desmayó, y la sangre salía á borbotones de su herida; urgía, pues, trasportarle al lugar mas inmediato posible y llamar á un cirujano. El testigo de del Vernais se acercó al vizconde.

—La herida no permite que se le conduzca á su casa, le dijo. El palacio de la canonesa está cerca. Permittednos que le trasportemos á él mientras se va por una litera.

El vizconde pareció vacilar.

—Pero ante todo, dijo al fin, el caso es urgente, y mi hermana está aun en Palaiseau. Vamos.

Flor-de-Mayo se estremeció. Palaiseau! la canonesa! pero no era tiempo de pensar.

—Caballero, añadió el vizconde, ayudémosnos mutuamente y trasportemos al instante el herido; vive ahí cerca un cirujano que mandaremos llamar.

Flor-de-Mayo habia vendado ya con su pañuelo la herida de su adversario, y le tomó en brazos mientras Amapola le cogía por los piés y el vizconde le sostenía por en medio del cuerpo.

Respecto al caballero testigo de del Vernais, cumpliendo las indicaciones del vizconde habia ido en busca del cirujano.

La entrada principal del pequeño palacio de la canonesa estaba bajo los arcos, á cien pasos del sitio del combate; de manera que en cinco minutos el del Vernais fué trasladado al palacio y colocado en una cama de una sala del piso bajo. Todo se ejecutó sin el menor ruido, con la ayuda de dos lacayos, y la señora canonesa de Mailly, que dormía la siesta, no fué turbada en su descanso.

Flor-de-Mayo temblaba como un azogado y su corazón latía con violencia. Llegó el cirujano, y despues de examinar la herida, aseguró que dentro ocho dias estaria el caballero enteramente restablecido, y que se le podia trasladar á su casa sin ningun inconveniente.

Observó, no obstante, que seria prudente aguardar la noche, primero para dejar obrar los primeros remedios, y despues para no enterar á todo Paris de las consecuencias de aquel duelo.

Amapola continuó examinando al desmayado caballero como lo hacia antes del combate. —¡Oh! murmuró, es preciso ser tan torpe como yo para tener tan infiel la memoria. ¿En dónde diablos he visto yo á ese hombre?

Mientras Amapola se hacia esa reflexion, el vizconde habíase sentado en un rincon cerca de Flor-de-Mayo que conmovido temblaba al menor ruido, esperando y temiendo á la vez ver aparecer á la canonesa.

—¿Con que no conoceis á nadie en París? le preguntó M. de Mailly.

—A nadie, caballero.

—¿No tenéis amigos, ni parientes, ni protector?



El fuego en la pradera. (Pág. 187, col. 1).

—Únicamente á M. de Mazarino.
 —Estéril proteccion, pues el cardenal está á las puertas de la tumba.
 —No obstante, respondió Flor de Mayo sonriendo, esta proteccion me ha valido ya.
 —¿De veras?
 —Sí, he visto al rey, y me ha tomado á su servicio.
 —A su servicio! ¿en calidad de qué?
 —Provisionalmente seré paje.
 El vizconde se sonrió.
 —Es verdad, dijo, la capa azul sentará perfectamente á vuestra juventud.
 Los pajes del rey llevaban capa azul con borlas de oro.
 —Pero espero ser pronto oficial, continuó el joven bloisense.
 —Amigo mio, dijo el vizconde, hace una hora escasa que os conozco, y he tenido ya ocasion de juzgaros; sois valiente y atrevido, arrogante joven, y os creo de distinguida nobleza...
 —Mi padre era un hombre honrado, contestó con orgullo el hermano de Coronilla.
 —Y vos me gustais en extremo, continuó el vizconde; poseo alguna experiencia en ese terreno pérvido que llaman la corte, y sé positivamente que de todas las protecciones la mas inútil es la del rey. Muerto M. de Mazarino, habrá otro primer ministro, y si no sois de su agrado esperaréis por largo tiempo el nombramiento de oficial. Mi naciente amistad por vos me impone el deber de daros este consejo.
 —¿El rey no es pues rey? preguntó Flor-de-Mayo estupefacto.
 —Al contrario, el rey es el dueño supremo, al menos de nombre; pero si M. de Mazarino hubiese querido suprimir las carrozas de S. M., el rey hubiera andado á pie. ¿Lo creereis? en Francia el verdadero y único rey es el ministro.
 El asombro de Flor-de-Mayo llegó á su colmo al oír estas palabras.
 —De manera, prosiguió el vizconde, que voy á daros un buen consejo: adquirid amigos en la corte, sin desdeñar por eso á los mas humildes en apariencia. Mirad, hay un hombre que no es ni siquiera noble, y que sin embargo es tal vez mas poderoso que el mismo rey.
 —¿Quién es? preguntó Flor-de-Mayo.

—M. Fouquet, el superintendente de hacienda.
 —¿Le conoceis?
 —Mucho, pero le visito raras veces.
 —¿Por qué?
 El vizconde sonrió tristemente.
 —Porque no soy cortesano, y no ambiciono nada en el mundo. Servi al rey por espacio de algunos años, y despues pedí mi licencia. Voy á la corte por ceremonia y por simple respeto á mi nombre; pero aun cuando me ofrecieran el baston de mariscal de Francia, lo rehusaria.
 M. de Mailly pronunció estas últimas palabras con el acento desalentado de un hombre que está desprendido para siempre de las vanidades humanas.
 Flor-de-Mayo hubiera indudablemente notado este desaliento y esta tristeza si no hubiese venido en aquel momento un nuevo incidente á distraer su atencion.
 La puerta del fondo de la sala se habia abierto y entraba una mujer medio asustada, medio curiosa, viendo al caballero que continuaba desmayado sobre una cama de descanso.
 El vizconde corrió á su encuentro exclamando:
 —¿Cómo! ¿vos en París, hermana mia?
 En efecto, era la canonesa, llegada la vispera, que, enterada al dejar su estancia del accidente acaecido al caballero del Vernais, venia á informarse de su estado.
 Estremeciöse á la vista de Flor-de-Mayo, reconociendo en él al protector de la vispera; pero poseen tanto arte las mujeres para disimular sus impresiones y aparentar la mas completa indiferencia, que su semblante permaneció impassible.
 Únicamente echó una elocuente y rápida mirada al joven, el cual se convenció de que nadie, ni aun el vizconde su hermano, debia saber lo sucedido.
 La canonesa comprendió instantáneamente que ella era la causa del desafio habido entre Flor-de-Mayo y del Vernais, y adivinó que este último habia sabido encontrar un pretexto para buscar pendencia.
 Flor-de-Mayo estaba confuso, y ciertamente se hubieran apercebido de su turbacion si otro accidente no hubiese venido á llamar la atencion de las personas que se encontraban en la sala.

Tambien Amapola habia reconocido á la canonesa; pero como hombre circunspecto no lo dió á conocer. El caballero del Vernais volvió en sí, y al pasear por su alrededor la mirada asombrada del hombre que despierta despues de un largo sueño, lanzó un grito al ver á la hermana del vizconde. Esta última no habia tenido tiempo de cambiar una sola palabra con los testigos de esta escena.
 —Ya lo veis, hermana mia, dijo M. de Mailly acercándose al herido, ese querido caballero solo ha sido torpe á medias, pues si bien ha recibido una estocada, ha tenido al menos talento para batirse debajo de vuestras ventanas, lo que ha hecho que se le condujese aquí.
 La canonesa contestó con una media sonrisa algo desdeñosa, saludó con un gesto al caballero, que le dirigió una mirada en la que se mezclaban la confusion y el arrepentimiento, y preguntó en seguida al cirujano si su herida era grave.
 —A fe mia, señorita, respondió galantemente el caballero, que no sé de qué se trata, y si solo que he dejado de sufrir desde que os veo.
 —¿Bah! dijo el vizconde, es un rasguño, una leccioncita que nuestro amigo tiene bien merecida, y que no dudo le será provechosa.
 Del Vernais hizo un gesto; no veia á Flor-de-Mayo que estaba en pie á alguna distancia.
 —¿Y con quién se ha batido M. del Vernais? preguntó la canonesa con ese tono medio ligero, medio cariñoso, que dice elocuentemente que el corazón de la mujer no está nunca comprometido en esta pregunta afectuosa.
 Lo sabia, lo habia adivinado, pero creíase obligada á hacer semejante pregunta.
 —Con ese caballero, respondió el vizconde señalando á Flor-de-Mayo.
 La señorita de Mailly, que habia afectado no ver al adolescente, se volvió entonces dirigiendo hácia Flor-de-Mayo sus grandes ojos azules.
 Este creyó que iba á morir bajo el peso de aquella dulce mirada. Con esa perspicacia maravillosa y rápida que tienen las mujeres para verlo y adivinarlo todo á primera vista, la señorita de Mailly envolvió al joven con su mirada clara y profunda, contestó con una sonrisa á su respetuoso saludo, y volvió la cabeza dirigiendo sus ojos hácia el caballero.
 Pero bastó este breve tiempo para que la ca

nonesa observase que Flor-de Mayo estaba dotado de un contorno elegante y de un talle graciosísimo: además, llamó su atención su bien ajustado traje, su mano fina y delicada, y la cándida turbación del joven la embelesó, adivinando ser ella la causa.

Flor de-Mayo tenía ya mas adelantado en los favores de la joven que el caballero del Vernais despues de tres años de asiduos homenajes.

Respecto á este último, al oír el nombre de su adversario volvióse bruscamente y le arrojó una mirada iracunda.

Hacia dos horas que el caballero había buscado rencillas á Flor-de-Mayo con el único objeto de vengarse del percance de la vispera; pero ahora, presintiendo que su adversario iba á amar á la señorita de Mailly, su ira se convirtió en odio mortal.

Flor-de-Mayo cruzó su acero con del Vernais sin ninguna animosidad y sin otro objeto que castigar su insolencia; pero en el espacio de cinco minutos sus sentimientos se habían modificado singularmente. La canonesa estaba allí; él la amaba ya, él, Flor-de-Mayo, y el caballero era su rival. Feliz ó desgraciado, este rival era acreedor á su odio. Y luego adivinó que este hombre, que robaba una mujer indefensa en un camino real, no podía ser mas que un miserable, y á la mirada de odio que aquel le dirigió contestó con otra altiva y desdefiosa. Estas dos miradas se cruzaron con saña, y ambos sintieron tal vez en aquel momento no encontrarse en un sitio á propósito con la espada en la mano.

La canonesa no juzgó conveniente informarse del motivo de la disputa, pero sonrió de nuevo á Flor-de-Mayo, como si hubiese querido probar al caballero que no aprobaba de modo alguno su comportamiento; y saludando á los cuatro hidalgos, se retiró.

—Voto al chápulo! murmuraba todavía Amapola, ¿dónde diablos he visto yo á ese caballero del Vernais?

Flor de-Mayo tenía los ojos clavados en aquella puerta que acababa de cerrarse detrás de la joven; con la cual parecia que se le había ido el corazón, y asemejábase á un cuerpo sin alma.

—Señores, dijo entonces el vizconde dirigiéndose á los dos adversarios, fútil ha sido el motivo de vuestra riña, y sería de razon que os dieseis la mano.

Flor-de-Mayo, obedeciendo á un movimiento de generosidad, iba á tender la suya al caballero, pero este le detuvo con un gesto.

—Mi querido vizconde, dijo, ese caballero y yo estamos empeñados en un juego; él ha ganado la primera partida, y le considero demasiado galante para rehusarme el desquite.

—¡Oh! con mucho gusto, contestó el joven bloisense, recordando de repente que el caballero amaba á la canonesa.

—Como queráis! murmuró el vizconde con desagrado. Amigo mio, eres poco generoso, y desdeo veras que ese caballero te ponga en la imposibilidad de insistir en tu tenaz empeño.

Y el vizconde tomó el brazo de Flor-de-Mayo juzgando inútil dejar en adelante á dos hombres irreconciliables en presencia el uno del otro.

—Amen! dijo á su vez Amapola siguiendo á su joven amo; y si se restablece, pensó, será una injusticia del cielo, lo que es materialmente imposible.

Al dejar M. de Mailly el palacio de la cano-



Atrás! tunantes, imbéciles! gritó Flor-de-Mayo. (Pag. 191, col 2.)

nesa, dió algunas órdenes para que al anochechar fuese el caballero trasladado á su casa; y una vez llegado á la calle, dijo á Flor-de-Mayo:

—Acabais de llegar á París, y no conociendo á nadie aquí, no tendreis seguramente compromiso alguno por hoy.

—Ninguno, caballero.

—¿Me permitireis que os lleve á mi casa y os ofrezca de comer?

Flor-de-Mayo vaciló.

—Mi joven amigo, insistió afectuosamente el vizconde, he sido repentinamente vuestro padrino, y puede que mañana sea vuestro amigo; rehusar sería hacerme un desaire.

—En este caso acepto, dijo Flor-de-Mayo.

Y enviando á Amapola á la posada de la Cruz del Trahoir, siguió al vizconde, al cual le enlazaba ya una misteriosa simpatía.

El vizconde de Mailly habitaba un pequeño palacio situado á la orilla izquierda del Sena, á poca diferencia en frente de la Cité y al extremo de la calle de San Jacobo, en donde vivía desde mucho tiempo y en donde raras veces recibía á ninguno de sus amigos.

Dos criados varones, un joven de diez y seis años y un antiguo sirviente de su familia, componian su servidumbre.

Su existencia era de las mas retiradas, y casi nunca se presentaba en las fiestas de la corte. Rara vez iba á ver á su hermana la señorita de Mailly, la cual, aunque doncella, llevaba el título de señora, gracias á su beneficio de canonesa. El vizconde tenía treinta años, y la canonesa diez y nueve ó veinte.

Huérfanos desde la infancia, ambos habían sido educados por una anciana parienta, la marquesa de Prés-Gilbert, que, en aquella época, servía aun de rodrigon á la joven canonesa, y habitaba con ella el palacio de la plaza Real.

El vizconde entró primeramente á servir en los guardias de su eminencia el cardinal de Richelieu; de los guardias pasó á los mosqueteros del rey, en los cuales sirvió tres años. Un dia hizo dimision de su cargo de brigadier y desapareció de la corte por muchos años.

A partir de esta época su existencia estuvo envuelta en las sombras del misterio. Recorrió la Italia y la Alemania; segun unos, solo; segun otros, en compañía de una joven que no era conocida en el palacio real ni tampoco en París.

Despues regresó, llevando esa vida solitaria de que acabamos de hablar.

El vizconde era rico, y pasaba por hombre

triste, original y caprichoso. Solo se le conocía un amigo, el caballero del Vernais, y aun le trataba poco; pretendíase que, si aquel era amigo de este, el caballero no lo era suyo. Algunas personas que se decían bien informadas juraban por otra parte que los dos hidalgos estaban unidos por un lazo misterioso sin el cual su amistad se hubiera quebrantado ya.

Pero todo eso no eran mas que vagos rumores, pues en realidad nada se sabia de cierto sobre la manera de vivir del vizconde, á qué causa atribuir su tristeza, ni por qué extraño capricho cerraba rudamente su puerta á todo el mundo.

En este pequeño palacio de la calle de San Jacobo, á orillas del rio, fué pues donde M. de Mailly condujo á Flor-de-Mayo. Las cinco estaban al caer cuando llegaron.

El criado que abrió mostróse sorprendido de ver á su amo segui-

do de un caballero, pues el vizconde entraba siempre solo; pero Flor-de-Mayo, que ignoraba absolutamente los hábitos de su nuevo amigo, no reparó en ello.

Era preciso que el joven bloisense hubiese inspirado una simpatía muy viva al vizconde para que le introdujese de este modo en su casa; pero había hablado de Blois, y este nombre tuvo un poder mágico sobre M. de Mailly.

Este último condujo á Flor-de-Mayo á una salita situada en el piso bajo del palacio y alumbrada por tres puertas-ventanas que daban al jardin.

Este estaba umbroso, embalsamado, silencioso; la sala, al contrario, estaba triste, sombría, tapizada de una tela oscura que amortiguaba la claridad que venia de afuera, y adornada con ese mueblaje gótico de vieja encina que es tan frio á la vista y al corazón.

El vizconde pasaba su vida en esta sala, y no la dejaba sino para entrar en su dormitorio que estaba contiguo. Allí era donde comía ordinariamente. La fria tristeza de este sitio, en oposicion con la tranquila alegría del jardin, oprimió dolorosamente el corazón de Flor-de-Mayo, y, á pesar de su inexperiencia, adivinó que en la vida del vizconde debía haber un gran pesar, pues desde que había entrado en aquella sala estaba pálido y desazonado.

—Mi joven amigo, dijo M. de Mailly, he adoptado la moda inglesa: como á las seis y no son mas que las cinco; por lo tanto tenemos que aguardar una hora, y si os parece nos concederemos mutuamente plena y entera libertad.

Tengo que escribir algunas cartas; entretanto aprovechad el tiempo dando un paseo por el jardin, en donde encontrareis muchos arbustos raros que traje de Italia.

—Habéis estado pues en Italia, caballero?

—Sí, respondió el vizconde con tristeza.

Flor-de-Mayo tomó su sombrero que había dejado encima una mesa, y accediendo á la invitacion del vizconde, se metió por las arenosas calles del jardin.

Este jardin recordó á Flor-de-Mayo, por sus corpulentos árboles y sus espesuras de jazmin y lilas, el de la casa cerrada, en donde había pasado su infancia, é instantáneamente le vino á la memoria su hermana, su Coronilla querida, llenando su corazón; pero al propio tiempo, al lado de esa querida imagen evocada por el recuerdo, levantóse otra sombra...

Esta era risueña y joven, tanto como la primera triste y marchita. Sin embargo, ambas eran hermosas; pero la primera resplandecía

como una fresca mañana de abril, mientras que la otra con su frente pálida y su labio serio parecía decir que había sufrido ya los enervantes ardores del estío.

Al lado de Coronilla habíase grabado en el corazón de Flor-de-Mayo la imagen de la canonesa.

Y el adolescente siguió los sombríos caminos y los verdes senderos, soñando en esas dos mujeres, en esa hermana querida como una madre, y en esa joven que había visto apenas, pero á quien adoraba ya; olvidóse del vizconde y de su tristeza, y andando entre las vueltas y revueltas del jardín, llegó á un pabelloncillo rodeado de grandes olmos y cuyos muros estaban cubiertos de yedra vivaz.

Reinaba alrededor del pabellon un desorden y abandono que contrastaba con el resto del jardín perfectamente cuidado. Las persianas de las ventanas estaban cerradas, y según las apariencias rara vez se entraba en él.

Medio arrastrado por la curiosidad, medio por la distracción, acercóse Flor-de-Mayo, y á través de las celosías, echó una mirada indiscreta al interior del pabellon.

Pero ¡cuál fué su asombro al ver, á favor de la media luz que penetraba en él, una linda estancia amueblada con un lujo y gusto exquisitos, y tapizada de una tela de seda de un azul delicado!

En el centro, oculta por cortinajes del mismo color que las colgaduras, había una pequeña y linda cama, tal como la soñaría para la mujer amada un amante enamorado; luego, alrededor, veíanse pequeños muebles elegantes, maravillosamente trabajados á la moda de los escultores italianos: jarros llenos de flores; mullidos asientos guarnecidos con clavos de oro y cubiertos de terciopelo azul como la tela de las cortinas y de las colgaduras.

Seguramente este gabinete misterioso había estado habitado ó lo era aun por una mujer. Pero lo que causó mas sorpresa á Flor-de-Mayo fué un gran cuadro con marco dorado cubierto con un velo negro. Este cuadro era evidentemente un retrato, y bajo la trasparente gasa entreveíase un retrato de mujer, á pesar de no distinguirse bien las facciones. Por un extraño capricho los espejos de Venecia colocados en frente de las ventanas estaban igualmente cubiertos de un fúnebre crespon.

Flor-de-Mayo olvidó por un momento á su hermana y á la canonesa, y se dejó llevar por una inexplicable meditación.

¿Quién habitaba pues aquel pabellon? ¿de quién era aquel retrato de mujer? ¿de qué provenía, en fin, aquella nube de tristeza extendida sobre la frente del vizconde?

Con los ojos fijos en los mas insignificantes objetos del pabellon, procuraba adivinar todo eso, cuando oyó ruido de pasos en el extremo opuesto del jardín, y como un estudiante cogido en falta huyó desliziándose por una ancha calle de árboles que conducía directamente á la gradería exterior del palacio, en donde vió al vizconde.

—A la mesa, exclamó M. de Mailly con voz casi alegre; ¿de dónde venís pues?

—He recorrido el jardín, contestó Flor-de-Mayo sonrojándose.

Pero el vizconde no pareció reparar en ello, y le hizo entrar en la sala que nuestros lectores conocen ya, en donde estaba servida la comida. En un ángulo vió Flor-de-Mayo sobre un velador plumas y varios pliegos de papel que no tenían absolutamente la forma de una carta, y que el vizconde acababa de llenar de letra menuda y muy metida.

—¡Ah! mi joven amigo, dijo M. de Mailly despues de probar algunos manjares, y de vaciar dos ó tres botellas de vino añejo, ¿con que sois de Blois, según me habeis dicho?

—Sí, caballero, allí nací.

—¡Oh! murmuró el vizconde, paréceme que se ha de vivir muy bien en esa pequeña y seductora ciudad...

Y el vizconde suspiró.

—Sí, dijo Flor-de-Mayo poniéndose pensativo al recuerdo de Coronilla.

—Figuraos que he pasado algunos dias en Blois, continuó el vizconde, los mas felices de mi vida... ¡Oh! hace mucho tiempo... doce años al menos.

—¡Ah! dijo Flor-de-Mayo, ¿y no habeis vuelto mas allá?

—Jamás.

Al pronunciar esta última palabra manifestóse una ligera alteración en la voz del vizconde. Hubiérase dicho que mentía.

—Pero, apresuróse á añadir, amiguito, soy realmente muy aturdido y distraído, pues no os he preguntado aun vuestro nombre.

Flor-de-Mayo se echó á reír.

—Es verdad, dijo; me llamo el caballero Flor-de-Mayo de Chastenay.

El vizconde ahogó un grito, y Flor-de-Mayo sorprendido le preguntó:

—¿Mi nombre no os es pues desconocido?

—Nó, nó, dijo el vizconde cuyo semblante se había cubierto de una nerviosa palidez, conocí á vuestro padre... de reputación; ¿no era capitán de caballería?

—Sí, caballero.

—El mio era amigo suyo.

—Es singular, dijo Flor-de-Mayo; mi padre me hablaba á menudo de sus compañeros de armas, y sin embargo no recuerdo haberle oido pronunciar el nombre de Mailly.

—Habían dejado de verse, murmuró el vizconde. Creo que la política había al fin entibiado su amistad; pero, añadió apresuradamente, los hijos serán amigos, ¿no es verdad?

—¡Oh! lo desco con todo corazón, caballero.

Flor-de-Mayo había bebido un poco, y le faltaba algo de su sangre fría, por lo que no observó la creciente turbación del vizconde á medida que le miraba. Al mismo tiempo M. de Mailly se hizo mas afectuoso y expansivo, tratando amistosamente á Flor-de-Mayo y usando para con él, desde este momento, de una especie de ternura paternal.

—Escuchadme, le dijo, voy á hacer os una proposición.

Flor-de-Mayo le miró.

—Nuestros padres eran amigos, prosiguió el vizconde; ¿por qué no reanudaremos nosotros esta amistad, estrechándola todo lo posible? Vivo solo y me fastidio; ¿quereis aceptar un aposento en mi palacio?

—Pero, balbuceó Flor-de-Mayo, sería demasiada indiscreción.

—Nó; me hareis un obsequio. Así, pues, queda convenido entre los dos; desde mañana, á menos que el rey os aloje en el palacio real, vendreis á vivir aquí.

Flor-de-Mayo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, despues de lo cual los dos hidalgos conversaron como antiguos amigos: el vizconde iniciando á su convidado en los misterios de la corte, y Flor-de-Mayo escuchándole atentamente.

—Ahora, mi joven amigo, dijo el vizconde levantándose de la mesa, si quereis reunir os con vuestro escudero antes de ir al palacio real, no os detendré mas; yo voy á continuar mi correspondencia.

—Es bastante voluminosa, observó el bloisense sonriendo.

—¡Oh! dijo el vizconde tristemente, y queda sin contestar.

—¿A quién escribís pues?

—A una muerta, murmuró M. de Mailly con voz alterada.

Y estrechando la mano de Flor-de-Mayo le despidió, evitando de este modo una explicación.

V.

FLOR-DE-MAYO RECUERDA UN AXIOMA DE SU DIFUNTO PADRE Y LO PONE EN PRACTICA.

Eran las ocho cuando Flor-de-Mayo dejó el palacio del vizconde. Hasta las diez no debía ir al palacio real, y por consiguiente tenía dos horas de que disponer.

Pensó pasar por su morada de la calle del Arbol Seco, y llevarse á Amapola; un caballero de importancia no podía presentarse decentemente sin su lacayo ó su escudero.

Por consiguiente atravesó la Cité, decidido á tomar el puente de San Miguel, y llegar á la calle del Arbol Seco por la barga de la orilla derecha; pero en la Cité, sumamente tranquila y casi desierta algunas horas antes, encontró el joven bloisense un inmenso gentío alejándose y extendiéndose en todas direcciones.

Gritaban las mujeres y murmuraban los hombres. Aquí y allí un orador improvisado subía á un guarda-ruedas y arengaba á la multitud.

El rumor de la próxima muerte del cardenal se había esparcido por París, y los antiguos frondistas levantaban insensiblemente la cabeza, procurando alborotar á la plebe contra M. Fouquet, superintendente de hacienda, el cual, decían, sucedería inevitablemente á Mazarino.

Flor-de-Mayo llevaba prisa, y procuró abrirse paso con los codos. Por otra parte, como llevaba espada al lado y la gente del pueblo no, la multitud se separó dejándole pasar.

Atravesó el joven el puente de San Miguel y llegó á la plaza del Chatelet, en donde encontró los mismos murmullos que en la Cité, los mismos gritos de alegría provocados por la agonía del cardenal, las mismas imprecaciones contra el superintendente. El joven bloisense siguió el malecon, y lo subió hasta el puente Nuevo sin curarse de la agitación del pueblo. Sin embargo, á la entrada del puente Nuevo, y á la altura de la calle de la Moneda, la multitud estaba tan apiñada y pateaba con tanta furia, que Flor-de-Mayo comprendió que debía acontecer allí algo mas extraordinario que en la Cité y en la plaza del Chatelet.

Y en efecto, la multitud rodeaba una litera del fondo de la cual una mujer lanzaba agudos gritos pidiendo socorro.

La litera había sido derribada al suelo, y el populacho destrozando la portezuela gritaba:

—Al agua la mazarina! al agua el superintendente!

—¡Oh! ¡oh! dijo Flor-de-Mayo, es una dama, y una dama de alto rango ciertamente; Flor-de-Mayo, amigo mio, es necesario manejar la espada y salvarla.

Y nuestro héroe, sacando la espada, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Paso, canalla! paso! paso!

El tono de autoridad de Flor-de-Mayo, y mas tal vez aun la hoja desnuda de su espada, contribuyó poderosamente á abrirle paso, y pudo llegar hasta la litera, por cuya portezuela vió salir el rostro espantado de una dama anciana que, juntando las manos con desesperación, decía:

—Os engañais, amigos míos, no conozco á M. de Mazarino ni al superintendente; soy la marquesa de Prés-Gilbert, y vivo en la plaza Real con mi sobrina la canonesa de Mailly.

A este nombre, que llegó espirante á su oído, lanzó Flor-de-Mayo un grito, y de un brinco se puso al lado de la litera, derribando á dos hombres del pueblo que guardaban cautivos á los conductores.

Era la tía de la canonesa, y por lo tanto debía salvarla.

—Atrás! tunantes, imbéciles! gritó de nuevo; ¿qué hablais de Mazarino y del superintendente? ¿no conoceis pues á esta dama?

(Se continuará.)

MARTIN DE LA VÍRGEN,

POR M. TAXILO DELORD.

Acababa de regresar á mi querida patria, la ciudad de Marsella; érase un domingo por la mañana, hora en que todos sus moradores se preparan para ir á pasco, y en que cerradas todas las tiendas, los muelles del puerto y las calles inmediatas permanecen silenciosas. Aun no soplaban la brisa del mar; los gallardetes pendían inmóviles de la proa de los buques, el sol abrasaba, y siguiendo la angosta sombra de las casas, llegué al nuevo puerto de la Joliette, rada artificial conquistada al mar y poblada de innumerables barcos de vapor que tantos héroes han trasladado á los campos de batalla de las regiones de Oriente.

Abismado yacía en honda meditación recordando los risueños dias de mi infancia cuando oí un rumor que fué acercándose y aumentando hasta trocarse en un estruendo de mil voces, y vi salir al muelle una inmensa multitud compuesta de personas de todas edades y condiciones. Me retiré á la acera para no ser

víctima de la bulliciosa turba y pasaron por delante de mí mil figuras grotescas y terribles, lanzando confuso clamoreo de gritos, maullidos, carcajadas y ladridos, pero formando con todas estas notas discordes un conjunto que parecía exhalado de algún pulmón gigantesco. Llegaron por fin los últimos grupos de la loca multitud que saltaban, bailaban y hacían mil contorsiones en derredor de unas angarillas en que iba majestuosamente sentado un canoso anciano, á quien se dirigían los honores de este triunfo cuya causa pregunté á un amigo mio.

—Saluda, me respondió, á Martin de la Virgen, digno sucesor del capitán Lucas, Triboulet segundo, loco titular de la ciudad de Marsella.

Siempre han existido en Marsella maniacos inocentes que gozan de su libertad, que conocen á todo el mundo y de todos son conocidos. Cuando era niño recuerdo que antes de la hora de ir al colegio me divertía con el viejo Brunet, que llevaba su cabello empolvado y su coleta adornada de cintas, el cual contaba que él era el único centro del mundo, y que le seguían el sol, la luna, las estrellas, los cometas y todos los astros. Formaba también las delicias de mis ocios otro loco llamado el capitán Lucas que pretendía haber descubierto la América mucho tiempo antes que Cristóbal Colon.

Martin de la Virgen era pues con verdad el sucesor de los dos locos, cuyo recuerdo iba unido al de mi infancia, y como descaba saber el objeto sobre que versaba su manía, me contaron su historia que voy á repetir sucintamente á mis lectores.

Hace unos diez años un comerciante llamado Angel Martin dió á luz un libro titulado: *de la influencia de la Virgen Maria en la navegacion*. Angel Martin se había embarcado para las islas con una pacotilla que formaba toda su riqueza, y sorprendido por una furiosa tempestad en que estuvo á punto de perder vida y fortuna, había hecho un voto á la Virgen, impulsado por las consoladoras creencias que conservaba ílesas desde su niñez. El viento se calmó al instante y las olas cesaron de azotar la nave que le conducía. Habiéndose albergado el buque en el puerto mas próximo para reparar su avería, el naufrago regresó á Marsella y vendió el resto de sus mercancías. Tras-tornada su razon por el peligro del naufragio y creyendo con firmeza en el milagro de su salvacion, se persuadió de que el cielo le había destinado para convertir á los impíos, y compuso el libro que debía ser la causa de sus desgracias. La obra era un tomito en octavo que únicamente contenía la relacion de su corto viaje, comentada, segun decia el autor, bajo el punto de vista de las necesidades celestiales y de la salvacion eterna. El público recibió con desden la obra, pero guiado Martin, no por el afán del lucro, sino por sentimientos puros aunque exagerados, se dedicó á recorrer los parajes mas públicos de la ciudad para vender su obra.

En un principio causó asombro y extrañeza aquel anciano respetable y virtuoso, cuyas sencillas palabras no hallaban eco en los corazones de los ociosos de los cafés y de los transeúntes de los paseos públicos, pero pronto se trocó la extrañeza en ironía y mofa, y el autor fué para muchos objeto de irrisión, ni advirtió que eran bromas las alabanzas que le prodigaban. En aquella época no había caído aun bajo la ruda férula de la plebe feroz, pero estalló la revolucion de 1848, y persuadido Martin de que aquel acontecimiento era contrario á la religion, no dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecían para expresar francamente su opinion.

Hallábase un dia en un café á donde habitualmente iba á vender su libro, y algunos calaveras se empeñaron en ponerle una escarapela tricolor en el sombrero. ¡Ostentar el emblema revolucionario! Martin de la Virgen huyó aterrado buscando asilo en otro café, pero sus perseguidores se presentaron en todas partes aumentando progresivamente en número y empeño en llevar á cima su empresa y luchando con la desesperada resistencia del pobre Martin. La persecucion duró todo el dia hasta que rendido de cansancio, el autor aban-

donó su sombrero que vió profanado con la escarapela revolucionaria.

Cuando la plebe se acostumbra á valerse de la violencia contra alguno, difícilmente se corrige, y en vez de retroceder no hace mas que ganar terreno en esta senda fatal: desde aquel dia el pobre loco no pudo presentarse en parte alguna sin que al instante no cayera sobre su cabeza una lluvia de sucios proyectiles y de groseras injurias. Viéndose convertido en víctima de continuos atentados, Martin de la Virgen intentó retirarse al convento de Aubagne. Pero un pensamiento le contuvo: ¿había producido su libro todo su efecto sobre las almas? ¿se reconocía por fin la influencia de la Virgen Purísima para calmar las olas del mar embravecido? ¿Ingenuo escrúpulo digno de una razon menos oscurecida por las tinieblas de la demencia! Martin de la Virgen consideró que no debía renunciar á su mision, que sería mas glorioso para él padecer los tormentos de la persecucion y esforzarse en imitar el ejemplo de su santo patron que fué decapitado por negarse á sacrificar á Mercurio Trimegisto. ¿Qué le importaban los crueles verdugos que le acosaban? No se acobardó, y salió á la calle teniendo cuidado de llevar el sombrero en la mano para no hacer la menor concesion á la demagogia.

Así le vieron aparecer una mañana en la Bolsa. Su candor debió haber enternecido el corazón de sus perseguidores, pero estos, que en su grosera ceguera é instintos crueles no querían renunciar á que Martin les sirviera de pasatiempo, empezaron á sitiarse con gritos y carcajadas y acabaron por arrojarle lodo, piedras y desperdicios de frutas, hasta que cayó desmayado en el suelo, y la policia creyó que era ya hora de arrancarle de las manos de sus asesinos.

Martin de la Virgen se convenció por fin de que eran vanos sus esfuerzos y resolvió abandonar á los hombres, sus implacables enemigos, á su desgraciada suerte. Pero ¿adónde iria? Le habían hecho creer que se habían suprimido los conventos.—Me refugiaré, dijo para sí, en un barrio aislado y allí pasaré la vida entre la oracion y la correccion de mi libro que tanto deja que desear sobre muchos puntos. ¡Ah! el pobre loco no pudo lograr tan modesto deseo, porque su fama había llegado hasta los barrios mas lejanos, y en cualquier paraje que se presentase, era saludado con furibundas aclamaciones.

—¡Viva Martin de la Virgen! vociferaban los pilluelos cubriéndole de lodo, y se abrían las puertas y las ventanas para verle pasar, y lanzaban los perros tras su huella, y mas de una vez caía en medio de un corrillo de borrachos que le obligaban á beber hasta que se aboga-ba y le descargaban crueles golpes por broma y pasatiempo. Y abandonado de este modo á los feroces instintos del populacho, ni aun tenía ánimo para quejarse, y vencido y embrutecido, se había trocado ya, como sus tiranos salvajes deseaban, en una máquina inerte y á las veces en un loco furioso.

Y á pesar de su demencia, lo que mas afligía al pobre bufon de la plebe era el no poder cumplir con sus deberes religiosos. ¡Qué sacerdote se resolvería en efecto á tomar seriamente la confesion de un loco y menos aun á darle la sagrada forma! Luego que entraba en una iglesia, dos ó tres pilluelos le seguían silenciosamente, y el mas audaz le tiraba de los canosos cabellos, le arrebatava el sombrero ó le hostigaba con alguna otra accion atrevida, que arrancaba al pobre loco quejas y gritos, y entonces aparecía un monaguillo que le sacaba del templo por evitar el escándalo que tales escenas producían. Llegó por fin un dia en que el pobre Martin halló para él cerradas las puertas de todas las iglesias, á excepcion de la pequeña capilla de Nuestra Señora de la Guarda, construida en la cima de un peñasco. Los pilluelos no han descubierto aun este postrer asilo del pobre loco, y el que cuida de la capilla, contento por tener una diversion que amenice su soledad, no ha tenido hasta ahora el capricho de rechazarlo.

Mientras un antiguo amigo mio terminaba la historia que acabo de contar sucintamente á mis lectores, encontré otra vez el cortejo que acompañaba en confusion á Martin de la Vir-

gen. La turba aullaba, gesticulaba y vociferaba á mas y mejor en derredor de la víctima que seguía sentada en su angarilla. ¡Qué resignacion tan sombría brillaba en su mirada! ¡qué dolorosa humildad había en su actitud! Pero de pronto la turba forma un círculo, los mas robustos de aquellos bárbaros toman sobre sus hombros á Martin y se lo arrojan mutuamente como una pelota en medio de bestiales y estrepitosas carcajadas. Su rostro está ensangrentado, su levita y su camisa despedazadas dejan al descubierto las cicatrices que surcan su cuerpo, sus canas desaparecen entre las manos de los canibales, y el pobre loco pide socorro con voz lastimera.

—¡Oh! ¡qué espectáculo tan horrible! dije á mi amigo. ¡Cuán cierto es que la hez de la plebe abriga sentimientos feroces cuando no la modera la educacion! ¿Y es posible que se toleren tales escenas en Marsella? Ya que nada podemos hacer por él, alejémonos al instante de este sitio.

El dia siguiente me dijeron que la policia había llegado á tiempo para salvarle de una muerte cierta, que habían ido á la cárcel los jefes del bárbaro pasatiempo, y que varias personas caritativas se ocupaban en redactar una exposicion á la autoridad para que se encerrase á Martin en el hospital de dementes.

Una semana había trascurrido desde entonces y no me acordaba ya del pobre loco. Estando próximo el dia de mi partida, me dirigí á la torcida senda que conduce á la cima del collado de Nuestra Señora de la Guarda, deseoso de gozar desde su altura el espectáculo de un crepúsculo en el Mediodia. La campiña, terminada por un lado en la orilla del mar, que formaba una cinta de plata con la espuma de las ondas, y por el otro en las colinas de Santa Margarita, aparecía adornada con el tierno verdor del mes de mayo; el sol iba á ocultarse tras un pabellon de nubes blanquecinas que contrastaban con la pureza del color azul del cielo, y ni la mas tenue neblina apagaba la luz del astro muriente que doraba collados, campos, casas, el mar y las lejanas nubes que asomaban por oriente. Desde el sitio donde me hallaba, se descubrían el valle del Huveaune cuya doble hilera de árboles indicaba su curso hasta el mar; acá una verde pradera ó ricos huertos; allá viñas ó campos de trigo, y á lo léjos grupos de árboles entre cuyo verdor resaltaban los negruzcos olivares. El sol, antes de partir á otros horizontes, lanzaba al mundo una mirada mas suave, y una tunta vaporosa se esparcía sobre los pinos que crecen en la falda de los collados, cuyas cimas reflejaban aun los últimos rayos del astro moribundo. No se oía mas que el lejano y confuso rumor de la ciudad, el argentino son de los casca-beles de un rebaño de cabras que pacían la yerba silvestre y el monótono canto del empleado del telégrafo sentado sobre los escombros entre los cuales se alza su torre.

Un anciano subía penosamente por la áspera senda que serpentea por la colina: conocí á Martin de la Virgen que iba á rezar á la capilla de su patrona.

En el momento que cruzaba el umbral cayó sobre su cabeza una espesa lluvia de arena, y al mismo tiempo oí al vigia que prorumpía en una carcajada.

Siempre se principia por arena en los juegos bárbaros del vulgo con sus víctimas, pero pronto vienen las piedras.

—¡Ojalá confunda el espíritu infernal todos tus signos! exclamé; ¡ojalá se interponga sin cesar una densa niebla entre tu telescopio y el horizonte, hombre sin corazón, que no vacilas en arrebatar á un desdichado el último consuelo que le resta, la oracion!

No sé si mi maldicion llegó hasta los oídos del vigia, pero el eco trajo en sus alas el sagrado rumor de las campanas, y mientras llenaba el espacio el toque de oraciones, dije en voz baja:

—María, Virgen purísima, consuelo de los afligidos, velad por vuestro pobre Martin!



Se había trocado ya en una máquina inerte. (Pág 191, col. 2.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación.)

285. ¿Por qué la leña verde silba y despidе vapor cuando arde?

Porque contiene una gran cantidad de agua que ha de evaporarse antes de continuar la combustion.

286. ¿Cuál es el efecto de esta evaporacion?

El que se desperdicia una gran cantidad de calor para arrojar el agua del combustible.

287. ¿Por qué atizando el fuego arde con mas brillantеz?

Porque abre nuevos espacios á los cuales el aire lleva un nuevo refuerzo de oxigeno.

288. ¿Por qué los fuelles mejoran la corriente de aire que atraviesa un fuego?

Porque activando el paso de la corriente de aire sobre el fuego, hacen que éste sea atravesado por una cantidad de aire adicional que lleva una gran porcion de oxigeno á la hulla.

289. ¿Qué es humo?

Partículas no consumidas de combustible que el calor vuelve volátiles arrojándolas de sí.

290. ¿Qué es hollin?

Carbono en pequeñas partículas, expelidas con otras materias volátiles y depositadas en las paredes de las chimeneas.

291. ¿Por qué cuando se añade hulla al fuego aumenta la cantidad de humo?

Porque contiene materias volátiles fáciles de expeler, y tambien porque reduce momentáneamente el calor de manera que no puede consumir las primeras materias que se escapan.

292. ¿Por qué el carbon vegetal y el cok arden con brillantеz y sin llama?

Porque previamente se ha extraido el hidrógeno de estas sustancias.

293. ¿Por qué es difícil encender fuegos de carbon vegetal y de cok?

Porque no contienen hidrógeno que, produciendo llama, ayude á la combustion.

(Ultimamente se ha recomendado un nuevo método para encender fuego. La hulla debe ponerse en el fondo del hoyo que para el efecto debe formar el hogar; el papel y la leña deben colocarse encima cubriéndolos con carbon menudo y alguna ceniza. Este método de encender el fuego por el centro es precisamente el reverso del que se ha seguido tantos años. La teoría es que cuando la hulla del fondo se ha encendido, la combustion se mantiene mas igual, mientras que el humo y el gas que de otro modo se escaparían, lo cual es un gran desperdicio de combustible, inflamándose producen mucho mas calor. Este método ha sido muy recomendado por cuantas personas lo han ensayado, asegurando que economiza mucho combustible.)

294. ¿Por qué el papel arde con mas facilidad que la madera?

Porque siendo su textura menos densa que la de la madera, sus partículas se calientan y descomponen mas prontamente.

295. Pero si los artículos de textura floja son malos conductores del calor, ¿por qué, pues, se inflaman tan fácilmente?

El hecho de ser malos conductores facilita su combustion. El calor, que pasaria de partícula en partícula en la densa sustancia del hierro para ser conducido fuera de él, se acumula en los intersticios del papel y lo inflama.

296. ¿Por qué la madera no se inflama tan pronto como el papel?

Porque su sustancia, siendo mas densa que la del papel, requiere un grado mas elevado de calor para inflamarse.

297. ¿Por qué la madera, una vez encendida, arde mucho mas tiempo que el papel?

Porque componiéndose de una sustancia mas densa suministra mayor cantidad de partículas, dentro de un espacio dado, á la accion del calor y á la formacion de los gases.

298. ¿Por qué para encender fuego ponemos primero en el papel, despues leña y últimamente el carbon?

Porque el papel se inflama mas fácilmente que la leña y ésta que el carbon; así es que el

papel facilita la combustion de la leña y la leña la del carbon.

299. ¿Por qué no se enciende la leña con la llama de una pajuela?

Se enciende si no hay una gran desproporcion entre el tamaño de los troncos y la llama de la pajuela. Un pedazo de madera delgado se inflama, pero no un pedazo grande y cuadrado, pues el calor de la llama no es suficiente para elevar la temperatura de una superficie espaciosa al punto que se necesita para la extraccion de sus gases.

300. ¿Por qué se pone el papel debajo de la leña y ésta debajo del carbon?

Porque el calor y la llama, cuando los rodea el aire, tienen una fuerte tendencia á extenderse elevándose.

301. ¿Se lograria hacer inflamar la hulla poniendo el papel y la leña encima?

Tal vez sí; pero seria tan grande la pérdida de calor, que se necesitaría emplear una cantidad mucho mas considerable de papel y de leña de la que se acostumbra.

302. ¿Por qué poniendo un hurgon encima de un fuego medio apagado lo hace revivir?

Porque el hurgon radia el calor que recibe del fuego que tiene debajo sobre el combustible.

Y tambien porque, dividiendo el aire ascendente, crea nuevas corrientes

(El bien que el hurgon hace al fuego es muy insignificante. Generalmente se hurga primero el fuego y en seguida se separan las cenizas que pudieran oponerse á la accion del aire. Despues se coloca el hurgon encima del carbon y la imaginacion popular supone que el hurgon « atrae » el fuego. La costumbre de poner este instrumento encima del combustible data de una fecha muy remota. Creíase antiguamente que poniendo el hurgon encima de los hierros formando cruz, protegía el fuego contra el poder de los genios maléficos!)

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach
calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.